Recordad el ejemplo que antes os traje; si os encontraseis en una habitación á obscuras con una amiga vuestra, ¿de qué hablaríais? Claro es que de lo que perteneciese á la una, ó á la otra, ó á otra persona. ¿Y por qué no haréis eso mismo con Jesús? Tanto más, cuanto que para hablar con El no es necesario escoger las palabras; bástanle los sentimientos humildes de vuestro corazón, cuyo fondo El conoce bien. Miradle presente con los ojos de la Fe, y hablad de El y de sus grandezas, y, lo que os será más fácil, habladle de vuestros negocios; pedidle ayuda para salir de vuestras miserias, dolor de vuestros pecados y perdón de ellos; dadle gracias por los beneficios; ofreceos á El toda; pedidle favores para vos y para los demás, y no dudéis de que jamás os faltará materia para tan elevada conversación, principalmente si toma posesión de vuestro corazón un verdadero amor hacia un Esposo tan digno cual es Jesús.

Para esto valeos de la recta intención que luego habéis de formar.

Sobre la obligación de dirigir todas las obras á Dios, dice María Santísima á su venerable discípula: «Hija mía, en las advertencias de este capítulo tienes muchas reglas de perfección y de bien obrar. Advierte, pues, que así como Dios es *principio y origen* de todo el ser y potencias de las criaturas, así también conforme al orden de la razón ha de ser *el fin* de todas ellas; porque si todo lo recibe sin merecerlo, todo lo debe á quien se lo dió de gracia, y si se lo dieron para obrar, todas las obras debe á su Criador y no á sí mismo ni á otro alguno. Esta verdad, que yo entendía sin engaño, la confería en mi corazón, y me obligaba al ejercicio, que tantas veces con admiración has escrito y entendido, de postrarme en tierra, pegarme con ella y adorar al ser de Dios inmutable con profunda reverencia, veneración y culto. Consideraba cómo había sido criada de la nada y formada de tierra, y en presencia del ser de Dios me aniquilaba, reconociéndole por Autor que me daba vida, ser y movimiento, y que sin El fuera nada; y todo se lo debía como á único principio y fin de todo lo criado. Con la consideración de esta verdad me parecía poco todo cuanto hacía y padecía, y aunque no cesaba en obrar bien, siempre anhelaba y suspiraba por hacer ó padecer, pues nunca se saciaba mi corazón, porque siempre me hallaba deudora y me consideraba pobre y más obligada. Muy cerca de la razón natural está esta ciencia, y más de la luz de la Fe, si los hombres atendieran á ellas, pues la deuda es común y manifiesta». *(Mística ciudad de Dios*, parte tercera, n. 388.)

«La recta intención, dice San Leonardo, es un secreto con el que ganaréis mucho con poco trabajo. Ya sabéis que las buenas obras toman su mérito principalmente del buen fin; así, con cuantos buenos fines hagáis vuestras obras, intentando diferentes virtudes, otros tantos méritos os adquiriréis. Ved, pues, el modo de permanecer en la presencia de Dios. Ofrecedle con algún fin bueno todas las obras que sucesivamente vayáis haciendo, y aun con algunos fines buenos, pero con modo amoroso, como si hablaseis con El, y El solamente os estuviese mirando, porque en realidad es así. No es una imaginación, sino una verdad de fe, que Dios está observando todo lo que hacéis. Ved un modo práctico: Un santo ermitaño, antes de hacer alguna cosa, se paraba un poco; observado esto por un compañero suyo, le dijo que por qué hacía aquello.—Oye hermano, le contestó: las obras buenas hechas materialmente sin aplicación interior, valen poco ó nada, si no se las da un buen fin; por eso me paro un poco al principio de cada obra para dirigirla á Dios. Ahora, pues, haced vos lo mismo, y principalmente desde la mañana.

No os contentéis con dar á vuestras obras un sólo fin bueno, sino dadles muchos, según la presente práctica....» Arrodillado, haced el ofrecimiento de vuestras obras, si no está ya hecho, con la siguiente

ORACIÓN.

Dios mío y Señor mío, etc. (página 623.)

«Ya comprenderéis (sigue San Leonardo) que este acto, hecho con atención, dará vida á todas vuestras obras del día, porque encierra todos los fines más altos que puede haber; y obrando con estos fines santísimos, ganaréis más, y agradeceréis á Dios en un año más que en diez de la vida pasada que no los hayáis intentado.... Os digo que este punto importa tanto, que importa el todo.... y se os hará facilísimo el permanecer por todo el día en la presencia de Dios. Porque, decidme: aun cuando al hacer alguna obra no queráis expresar todas las dichas intenciones, ¿será gran trabajo levantar el corazón con alguna de ellas hacia Jesús mirado con la luz de la Fe, y decirle con lo íntimo del corazón:

Por vuestro amor, Jesús mío, hago esta obra, y por vuestra gloria, por cumplir vuestra divina voluntad.

¿Tendréis alguna excusa en el día del juicio? Resolveos de una vez, y sacudid ese corazón tan indolente en cosa de tanta importancia, como que es el alma de la santidad: he aquí lo que hace santos á todos: *el andar con el interior bien regulado.*

Pero viniendo más á la práctica, y para que podáis saborear más los frutos de la pura y recta intención, haceos familiares las jaculatorias, las cuales, dichas con espíritu de fervor, son como otras tantas saetas amorosas que hieren el corazón de Dios, y con poco trabajo enriquecen al alma de muchos méritos. A este fin, haced este hermoso contrato con Dios: poneos en su santísima presencia, y humildemente postrado, decidle con espíritu de humildad (1):

Vedme, amado Dios mío; vedme humillado hasta el polvo, y reconociéndome la miserable criatura que yo soy: os adoro con todo mi corazón, y desde ahora para siempre me dedico y consagro por vuestro esclavo perpetuo, con un ardiente deseo de que en mí se cumpla en todo y por todo vuestra santísima voluntad; y en todos los momentos de mi vida quiero poder hacer hacia Vos todos los actos posibles de amor, de alabanza, de petición, de confianza, de contrición, de ofrecimiento y acción de gracias y otros semejantes; y los quiero hacer con aquella eficacia, extensión y pureza con que pueda agradaros más; pero reconociendo mi suma pobreza y flaqueza, os suplico, Señor mío, que, en suplemento de mis faltas, os dignéis aceptar la intención que ahora formo y ordeno ante vuestra Majestad, y es esta: que todas las veces que con la boca ó con el corazón hiciere y formare los siguientes afectos y breves aspiraciones, los aceptéis siempre por vuestra suma bondad, como si los hiciese con toda su extensión y para siempre, en el modo que ahora declaro.

JACULATORIA DE OFERTA.

¡Dios mío, á Vos ofrezco....!

Todas las veces, ¡oh buen Jesús!, que con la boca ó con el corazón dijere: *¡Dios mío, á Vos ofrezco!*, diga ó no diga más, intento con el mayor afecto que puede caber en corazón criado, y aun en todos los corazones posibles, el ofrecer á vuestra Majestad mi mismo cuerpo y alma; mis pensamientos, palabras y obras con perfecta abnegación de mí mismo, resignándome todo en

(1) Estos ofrecimientos, con toda su extensión, bastará hacerlos los domingos, intentando interiormente el hacerlos al repetir entre día las jaculatorias breves que allí se indican. *(Nota del Autor.)*

vuestra santísima voluntad, á fin de que se cumpla en mí completamente, de modo que jamás quiera ó no quiera sino lo que á Vos agrade; renunciando, como lo hago, al demonio, mundo y carne con todo lo que pueden ofrecerme.

Os ofrezco todos los gustos lícitos que pueda gozar, los cuales, si estuviera en mi mano, los dejaría por vuestro amor.

Os ofrezco todas las riquezas y facultades, de las cuales, si yo fuese dueño, las emplearía todas en vuestro honor y en el socorro de vuestros pobres.

Os ofrezco, Señor, todas las penas, dolores, enfermedades, angustias, afanes, afrentas y calumnias que hasta ahora se han padecido y se padecerán en el mundo, en el purgatorio é infierno, como si yo padeciese todo esto por Vos, teniendo mi corazón preparado para padecerlo con vuestra gracia, si así lo pidiese vuestra voluntad y vuestra gloria.

Os ofrezco, Señor, todos los pensamientos, palabras y obras que han tenido, hablado y hecho todos vuestros siervos, con las cuales os han agradado, y asimismo todas las que harán hasta el fin del mundo, como si fuesen hechas por mí: y además os ofrezco todas las que podrían hacer todas las criaturas posibles por toda la eternidad; de manera que si yo pudiese las haría y pensaría á vuestra mayor gloria.

Os ofrezco además todo lo que os he ofrecido en toda mi vida, porque en esta mi oferta amorosa quiero que se comprendan todas las otras, é intento repetirlas y confirmarlas todas las veces que dijere: *¡Dios mío, á Vos ofrezco!*

JACULATORIA DE PENITENCIA.

¡Dios mío, me arrepiento!

Todas las veces que os dijere: *¡Dios mío, me arrepiento!*, aunque no añada otra palabra, hago intención de tener contrición de mis pecados, la más firme, la más pura, la más dolorosa que puede caber en corazón criado, ayudado de vuestra abundantísima gracia. Y así quisiera tener de mis pecados todo aquel dolor, todas aquellas lágrimas que han tenido y tendrán todos los verdaderos penitentes que ha habido y habrá. Y por satisfacer enteramente por mis culpas quisiera tener fuerzas para hacer todas las penitencias corporales que ellos hicieron y pueden hacer todos los verdaderos penitentes, uniendo esta satisfacción con la que Vos, ¡oh Señor!, ofrecisteis en la Cruz por los pecados de todos los hombres: todo esto es mi intención decir y hacer cada vez que dijere: *¡Dios mío, me arrepiento!*

JACULATORIA DE ACCIÓN DE GRACIAS.

¡Gracias, Dios mío!

Todas las veces que dijere: *¡Gracias, Dios mío!*, es mi intención daros gracias con el mayor afecto que Vos conocéis y que puede caber en un corazón criado, por los beneficios siguientes:

1.° Porque me habéis criado, dejando de criar á otros muchos que Vos sabéis; y porque me disteis un alma y un cuerpo, dotados de tan nobles potencias y sentidos, y me criasteis en tierra de católicos donde gozase de la luz de la Fe y de la verdadera Religión.

2.° Porque me habéis conservado y sustentado hasta ahora, y á este fin criasteis tanta variedad de criaturas, para mi servicio, y me habéis librado de innumerables peligros de alma y cuerpo, temporales y eternos.

3.° Porque me redimisteis, bajando del cielo á la tierra, haciéndoos Hombre, padeciendo grandes trabajos, pobreza, dolores y afrentas hasta morir en una cruz entre dos ladrones.

4.° Porque en el Bautismo me

habéis hecho hijo vuestro, é hijo de vuestra Iglesia, y además me llamasteis á la Religión, infundiéndome la Fe, la Esperanza y la Caridad; y porque me habéis concedido los otros Sacramentos, admitiéndome tantas veces á la Penitencia y á la Comunión.

5.° Porque habéis soportado mis maldades, y pudiendo castigarme con el infierno, que tantas veces he merecido, no lo habéis hecho, sino que, añadiendo misericordias, me habéis llamado, me habéis recibido amorosísimamente á penitencia y á vuestra amistad: por el singular afecto con que me amáis y me gobernáis, disponiendo todas las cosas, así prósperas como adversas, para mi mayor bien.

6.° Por los beneficios particulares que he recibido de vuestra mano, unos manifiestos y otros ocultos á mis ojos, tanto más señalados cuanto menos conocidos. Y, finalmente, porque, como espero, me tenéis predestinado para vuestra gloria eterna, á la cual me vais encaminando con tantos favores y auxilios poderosos; y aun por todos los beneficios particulares y generales que habéis hecho y haréis á mí y á todos los hombres y á todas vuestras criaturas, por todos estos beneficios hago intención de daros gracias cuantas veces diga: *¡Gracias, Dios mío!*

JACULATORIA DE ALABANZA.

¡Alabado seáis, Dios mío!

Todas las veces que con la boca ó con el corazón os dijere: *¡Alabado seáis, Dios mío!*, intento, con el mayor afecto que pueda caber en corazón criado, daros todas las alabanzas que os han dado y darán todos los hombres que ha habido y habrá, y las que os debieran dar y darían todas las criaturas posibles si eternamente os estuviesen alabando, y las que ahora os dan y siempre os darán todos los ángeles y todos los bienaventurados.

También hago intención de daros todas las alabanzas que están escritas en la Sagrada Escritura y en los libros de los Santos, y todas las que se escribirán hasta el fin del mundo.

Además, todas las alabanzas que os ha dado la Santísima Virgen, y las que os dan vuestras divinas perfecciones y maravillosas obras. Finalmente, hago intención de daros todas las alabanzas que os darían todas las arenillas de la tierra, todas las gotas del mar, ríos y fuentes, todas las hojas de los árboles, si cada una tuviese su lengua y corazón; y yo quisiera tener todas estas y todas las lenguas criadas, y todas las posibles para alabaros con todas ellas con eterno afecto y deseo de vuestra gloria: de este modo intento alabaros cuantas veces dijere: *¡Alabado seáis, Dios mío!*

JACULATORIA DE PETICIÓN.

¡Dios mío, os suplico!

Todas las veces que con la boca ó con el corazón dijere: *¡Dios mío, os suplico!*, es mi intención haceros las peticiones siguientes para mí y para mis prójimos:

1.° Primeramente, que me concedáis todo lo que nos enseñáis á pedir en la oración del Padre nuestro.

2.° El perdón de mis culpas pasadas, y gracias para preservarme de todas las que yo puedo cometer, grandes y pequeñas.

3.° El conocimiento de vuestra grandeza y de mi miseria, acompañado con el don de la perfecta oración.

4.° Las virtudes teologales y dones del Espíritu Santo en sumo grado.

5.° Las virtudes morales en toda su perfección, principalmente la humildad, la castidad, la paciencia, la mansedumbre, la mortificación y la obediencia.

6.° Que quitéis de mí todo lo que os desagrada, y me concedáis

todo aquello con que más os pueda agradar y servir mejor á mayor gloria vuestra.

7.° Que comuniquéis vuestra divina luz á todos vuestros fieles, especialmente al Sumo Pontífice, Cardenales, Obispos, Prelados y Príncipes cristianos, y los conservéis en vuestra santa gracia y amor.

8.° Que iluminéis á los gentiles para que os conozcan y amen, convirtáis á los herejes y cismáticos, reduzcáis á vuestra gracia á los pecadores, y acrecentéis á los justos en todo género de virtudes.

9.° Que tengáis compasión de las almas del purgatorio (es mi intención orar por cada una en particular), y de todas las necesidades de mis prójimos que yo no puedo remediar, particularmente las de aquellos que me están recomendados; todas estas gracias intento pediros siempre que os dijere: *¡Dios mío, os suplico!*

JACULATORIA DE AMOR.

¡Dios mío, os amo!

Todas las veces que dijere: *¡Dios mío, os amo!*, es mi intención amaros con el mayor afecto que Vos conocéis ser posible, y alegrarme sumamente de todos vuestros bienes, y de que seáis un Dios trino y uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Deseo y me gozo de que todas vuestras criaturas os conozcan y os amen, y os sirvan con todas sus fuerzas. Además, deseo é intento transformar toda mi voluntad en la vuestra, de modo que yo no quiera sino lo que Vos queréis, ni me desagrade sino lo que á Vos desagrade, teniendo vuestro divino beneplácito por mi mayor placer y felicidad, así en los sucesos prósperos como en los adversos, sin tener ya voluntad propia: todo esto intento decir, y de este modo intento amaros todas las veces que dijere: *¡Dios mío, os amo!*

JACULATORIA Y AFECTO GENERAL.

Cuantas veces dijere: *¡Jesús mío, misericordia!*, hago intención, Señor, en lo íntimo de mi corazón de decir y pedir todo lo que se contiene en los afectos precedentes, esto es, hago intención de ofrecerme, arrepentirme, daros gracias, alabaros, pediros y unirme perfectamente á vuestra Majestad con perfectísimo amor, y asimismo tener hacia Vos todos los afectos y finezas posibles de amor, y por eso cien y mil veces al día repetiré esta amorosísima jaculatoria:

¡Jesús mío, misericordia!
¡Jesús mío, misericordia!

¡Oh mina preciosísima, que se abre á vuestra vista! Dichoso de vos si así lo practicáis y sabéis aprovecharos de ella haciéndoos muy familiares estas jaculatorias.... : no se necesita más que un poco de trabajo para hacer un buen uso de ellas; y si ahora no conocéis tan gran tesoro, lo conoceréis en la otra vida, y entonces me sabréis decir el gran valor de la pura y recta intención. *(San Leonardo, Manual Sagrado, número 27 y siguientes.)*

APÉNDICE NÚM. 2.°

ALGUNAS ADVERTENCIAS Á LOS PADRES CONFESORES

Prudencia del confesor con personas espirituales.

El confesor debe no olvidar que le dice el Señor, como á Jeremías: *Ut evellat et destruat* los pecados en los penitentes, y también *Ut ædificet et plantet* las virtudes en las almas piadosas, y aun en todas, para que, si no lo son, lo sean; y tanto más debe procurar esto, cuanto más dispuesta se halla un alma á tomar ó seguir el camino de la virtud y perfección. Lo primero que ha de procurar es que, ó principie, ó continúe el ejercicio de la oración mental. «Pídales cuenta de la oración á estas almas, dice San Ligorio *(Homo Apost.*, apénd. 1.°, n. 4), preguntándoles cómo se han portado en ella, ó, por lo menos, si la han hecho, imponiéndolas, que ante todo se acusen de la omisión, cuando por pereza han dejado de hacerla;» porque, dejada la oración, nada adelantará en la yirtud, ni quizá podrá salvarse el alma. «El alma que deja la oración, decía Santa Teresa, *se coloca como por sí misma en el infierno, sin intervención de los demonios.*» ¡Oh Dios! ¡Cuán grande utilidad reportarían los confesores á las almas, teniendo este pequeñísimo cuidado! Y, ¡oh qué terrible cuenta tienen que dar á Dios no haciéndolo así! Porque ellos están en la obligación de procurar cuanto puedan el progreso espiritual de sus penitentes. ¡Oh cuántas almas podrían ellos encaminar por la senda de la perfección y librarlas de reincidir en culpas graves, si tuvieran este pequeño cuidado de dirigirlas por el camino de la oración y preguntarlas después, por lo menos en los principios de su vida espiritual, si la hicieron ó no! Cuando un alma ha llegado á consolidarse en la oración, es muy difícil que vuelva á perder á Dios; y por lo mismo debe insinuarse la oración mental, no sólo á las personas timoratas, sino también á los pecadores, que muchas veces vuelven al vómito por falta de consideración.

Deben, sobre todo, practicarlo así los confesores cuando los penitentes padecen alguna desolación de espíritu. Al principio de entregarse el alma á la vida espiritual, suele Dios atraerla con algunas luces especiales, lágrimas y otros consuelos sensibles; pero pasado algún tiempo, suele interceptar esta vena para probar su fidelidad y elevarlas á mayor perfección, quitándoles toda dulzura sensible, á la cual fácilmente tienen apego, no sin cierta impureza y culpa, nacida del amor de sí mismas. Los consuelos sensibles (y aun las atracciones sobrenaturales) son, sin duda, unos dones de Dios, pero